

me hizo descubrir á un anciano sentado en una roca. Las tranquilas olas espiraban á los piés del anciano, como á los de su señor; yo le tomé por Michabou, el genio de las aguas, y me disponía á retirarme cuando un suspiro que llegó á mi oído me hizo conocer que el dios era un hombre.

«Este hombre me descubrió también, y á la vista de mi traje natche hizo un movimiento de sorpresa y terror. «¿Qué veo? exclamó; ¡la sombra de un salvaje de las Floridas! ¿Quién eres? ¿Vienes á buscar á Lopez?— ¡Lopez!» repetí exhalando un grito. Me acerqué al padre de Atala, y creí reconocerle. El me miró con el mismo asombro, con la misma duda; me tendió á medias los brazos y tornó á hablarme. ¡Era su voz, su misma voz! Sin reflexionar mas si lo que veía era una fascinación de mis sentidos ó una realidad, me precipité á los brazos de mi antiguo amigo, le estreché sobre mi corazón, regué su semblante con mis lágrimas; pero Lopez fuera de sí, dudaba aun de la realidad. «Yo soy Chactas, me decía, Chactas, aquel joven natche á quien llamaste de favores en San Agustín, y que te abandonó con tanta ingratitud.» A estas últimas palabras, me ví precisado á sostener al anciano, próximo á desvanecerse; y no obstante, me estrechaba aun con sus manos, ya trémulas por la edad y las amarguras.

«Pasada la vehemencia de los primeros sentimientos, y después de haber reanimado á mi antiguo huésped, le dije: «¿Lopez! ¿qué semejantes y funestos géneos presiden nuestros destinos? ¿qué infortunio te ha arrojado como á mí, á estas inhospitalarias playas? ¿Cuán desgraciado eres en tus hijos! ¿Podrías creer que yo he abierto la tumba de tu hija, de aquella tu hija que debía ser mi esposa?»

«¿Qué me dices? respondió alarmado el anciano.

«— ¡Yo he amado á Atala, exclamé, la hija de aquella floridense á quien tu amaste!» Y mi voz, ahogada por las lágrimas, se estinguió al pronunciar estas palabras. Mil dulces reminiscencias me abrumaban á la vez: ¡la patria, el amor, la libertad y los perdidos desiertos!

«Lopez, que apenas me comprendía, me pidió me explicase, y yo le hice sucintamente el relato de mis aventuras. Esta narración le conmovió, y haciéndole admirar y llorar á aquella hija que no había conocido, se extendió en largas y tristes reflexiones acerca de la felicidad que hubiéramos podido disfrutar reunidos en una cabaña, en el fondo de alguna soledad.

«Pero, hijo mio, añadió, la voluntad de Dios se opone á nuestros planes, y nuestro deber es acatarla humildemente. No bien me dejaste en San Agustín, cuando me ví acusado por unos perversos; y algunos colonos poderosos, de quienes había rescatado, á subido precio algunos indios esclavos, se reunieron á mis enemigos. El gobernador, que pertenecía al número de estos, me hizo prender, como también á mi hermana, y fuimos trasladados á Méjico, donde comparecimos ante el tribunal de la Inquisición. Al fin nos fue devuelta la libertad, pero después de muchos años de prisión, durante los cuales mi hermana dejó de existir; entonces se nos permitió regresar á San Agustín. Mis bienes habían sido vendidos, y aun esperé algún tiempo consiguiendo alcanzar justicia, pero prevaleció la iniquidad. Resolví, pues, abandonar aquella tierra de persecución.

«Me embarqué para las antiguas Españas, donde supe, al poner pié en tierra, que mis enemigos, temiendo mis quejas, habían logrado contra mí una orden de destierro. Embarquéme de nuevo y me refugié en la Provenza; el prelado de Marsella me acogió con bondad, y sus socorros han sostenido mi amarga existencia. Yo ejercité en otro tiempo la caridad, y ora me veo alimentado con el pan de los

«pobres. Pero me acerco al momento de recobrar la libertad eterna, y espero que Dios me hará participante de su trigo.»

«Al terminar Lopez su narración, llegó el guerrero que vigilaba mi esclavitud y me mandó le siguiese. El sachem español quiso acompañarme; pero como su traje no era el de un poseedor de grandes cabañas, el guía le repelió bruscamente. «¡Peñasco insensible! exclamé; los espíritus vengadores de la hospitalidad violada, castigarán tu dureza. Este sachem es un suplicante como yo en tu nación; mas no es tan solo un suplicante: es además un anciano y un desgraciado. No te trataría yo de esta suerte si fueses al país de los corzos: te presentaría mi calumet de paz, fumaría contigo y te ofrecería una piel de oso y maíz, pues así quiere el Gran Espíritu que tratemos á los extranjeros.»

«A estas palabras, el guerrero de las ciudades prorumpió en burlona risa: yo hubiera tomado una súbita venganza de aquel protervo; pero conociendo que esponía á Lopez, mitigué el arrebato de mi sangre. Lopez, por su parte, temiendo atraer sobre mí algún mal tratamiento, se alejó prometiéndome ir á verme. Volví á la estera de la desgracia, en la cual están sentados casi todos los hombres.

«Lopez y el Gran Jefe de la oración me visitaron al día siguiente: con ellos y con mis compañeros salvajes formé una sociedad libre y virtuosa en medio de la servidumbre y del vicio, á la manera de esos cocoteros cargados de frutos y de leche, que crecen unidos sobre un estéril escollo en medio de los mares mejicanos. Los demás esclavos asistían á nuestros discursos, y muchos empezaron á mejorar sus almas, que dejaban hasta allí en un horroroso abandono. En breve, mediante la paciencia, la confesión de nuestros errores y el poder de las oraciones, aligeramos nuestras cadenas. De esta manera, me decía el ministro de los cristianos, muchos esclavos rescataron en otro tiempo su libertad, recitando á sus amos las composiciones de un hombre divino, y unas canciones amadas del cielo.

«Desde la ciudad en que nos hallábamos fuimos trasladados á otra ciudad (1), donde fuimos empleados en los trabajos de un puerto, y luego se nos trasladó á nuestra primera estancia. El mérito de nuestros sufrimientos sobrellevados con humildad, subió hasta el Gran Espíritu; el que vosotros llamais el Señor, colocó este mérito al lado de vuestras faltas, pues así me lo refirió el sacerdote instruido en las cosas maravillosas. Semejante á una viuda india, que llena de equidad, coloca en su balanza el resto de las riquezas de su esposo y el objeto ofrecido en cambio por el europeo: iguala ambos pesos con toda la sinceridad de su corazón, no queriendo perjudicar á sus hijos ni al extranjero que en ella fia; del mismo modo el Supremo Juez pesó la ofensa y la reparación; pero esta triunfó á los ojos de su misericordia. En aquel mismo momento ví llegar á Lopez con un collar en la mano (2), que me enseñaba desde lejos, diciéndome: «¡Estás libre!» Apresureme á abrir el collar, que estaba marcado con el sello de Ononthio-Frontenac, jefe del Canadá, antes de Ononthio-Denonville. Las primeras ramas del collar se espesaban así:

«El Sol (3) de la gran nación de los franceses ha desaprobado la conducta de Ononthio-Denonville. El jefe de todos los jefes ha sabido que su hijo Chactas, que le había devuelto muchos de sus hijos en el Canadá, estaba encerrado en la choza de la esclavitud. Ononthio-Denonville ha sido depuesto de su cargo. Yo tu padre Ononthio-Frontenac, regreso al Canadá, á donde te restituiré con tus compañe-

- (1) Tolon.
(2) Una carta.
(3) Luis XIV.

LIBRO SESTO.

«ros. Date prisa á venir á buscarme á la gran ciudad, donde te espero para presentarte al Sol. Enjuga las lágrimas de tus ojos: el calumet de paz no volverá á ser violado y la estera de la sangre será lavada con el agua del río.»

«Yo hice en alta voz la explicación del collar á los caudillos salvajes; y en el acto un guerrero nos desprendió de nuestras cadenas. No bien sentimos nuestros piés libres de todo embarazo, presentamos en sacrificio al Gran Espíritu un pan de tabaco que arrojamos al mar, después de haber dividido la ofrenda en doce partes.

«El jefe de la oración nos dió hospitalidad, y de él recibimos además de algún dinero, vestidos nuevos á la usanza de nuestro país.

«Cuando el espíritu del día unció el sol á su carroza de fuego, se nos condujo á la cabaña rodadora (1) que debía conducirnos: Lopez y el jefe de la oración nos acompañaban; y durante largo rato mantuve estrechado sobre mi corazón á la puerta de la cabaña móvil al padre de Atala, y le decía:

«¡Lopez! ¿Es preciso que te abandone otra vez, y que te abandone cuando eres desgraciado? Sigue á tu hijo; ven á plantar entre los indios tu benéfica existencia, en el suelo de mi cabaña. Allí no te verás despreciado, porque eres pobre; yo cazaré para alimentarte, y serás honrado como un genio. Si mis súplicas hallan cerrado tu corazón, ó si temes esponerte á las fatigas de un largo viaje, permaneceré á tu lado; aprenderé las artes de los blancos, y te rescudaré contra la indigencia por medio de mi trabajo. ¿Quién cerrará tus ojos? ¿quién recogerá el día postrero de tu vejez? Permite que la mano de un hijo te presente á lo menos la copa de la muerte, pues manos ajenas la agitarían tal vez, y te la haría beber removida.»

«Sabio é indulgente Lopez, tú me respondiste: «Tú nunca me has sido ingrato; cuando te separaste de mí en San Agustín, seguiste la inclinación natural en todos los hombres, y lejos de hallar cosa por qué reconvenirme te admiré. En este momento serías criminal si permanecieses en estas costas: Dios ha enriquecido tu alma con los dones mas hermosos de la adversidad, y debes por lo tanto esas riquezas á tu patria. Y si me niego á seguirte, no lo juzgues falta de cariño; ya ves que sería un viajero harto viejo. Cada cual debe seguir los decretos de la Providencia: tú dormirás al lado de los huesos de tus padres, mas yo debo morir aquí. La Caridad participará de mis despojos: los hijos del extranjero vendrán á jugar en derredor de mi sepulcro, y lo borrarán bajo sus pasos. Ninguna esposa, ningún hijo, ninguna hermana, ninguna madre se detendrá sobre mí lora, visitada tan solo por los desgraciados, hollada tan solo por la planta del oscuro peregrino.»

«Y Lopez me anegaba en lágrimas, como un jardinero riega el arbolillo plantado por su mano. El jefe de la oración, queriendo evitar que nuestra debilidad se prolongase por mas tiempo, nos dijo: «¿En qué pensais? ¿dónde está vuestro valor?» Esto dicho, me hizo entrar en la cabaña rodadora, cerró bruscamente la puerta é hizo un ademán. A esta señal, el guía impelió sus caballos que se agitaban impacientes y blanqueaban el freno con su espuma; hiriendo el sonoro pavimento con sus diez y seis ferrados piés, partieron seguidos de las cuatro estrepitosas alas de la cabaña móvil que giraban despidiendo centellas. Los edificios huían á uno y otro lado, y salvando las puertas que se estremecían á nuestro paso, en breve la cabaña móvil lanzada á un largo trote, se deslizó como una piragua sobre la superficie de un río.

- (1) Un coche.

«El vigor de mi alma quedó enervado durante mucho tiempo por la ternura de mi despedida de Lopez. El genio de la Fama nos había precedido, pues en todo el viaje recibimos cordial amistad en las cabañas que el Sol había preparado para nosotros. Nuestra sencillez dedujo de todo aquello que los hombres que veíamos eran los esclavos del Sol; que aquellos campos cultivados que atravesábamos eran países conquistados, cultivados por los vencidos en beneficio de los vencedores, que sin duda fumaban tranquilamente sobre sus esteras y que íbamos á hallar en la gran ciudad. Esta idea nos inspiró un desprecio profundo á los pueblos que nos rodeaban, y era grande nuestra impaciencia por llegar á la residencia de los verdaderos franceses ó de los guerreros libres.

«Pero nos sorprendimos en gran manera al entrar en la gran ciudad (1): los caminos (2) eran estrechos y sucios; vimos cabañas de comercio (3) y rebaños de siervos, como en las calles de la Francia. Fuimos luego conducidos á casa de nuestro padre Ononthio-Frontenac; la cabaña estaba llena de guerreros que Ononthio nos dijo eran sus amigos, y nos hizo saber que al día siguiente seríamos trasladados á otra ciudad (4), donde encenderíamos el fuego del consejo con el jefe de los jefes. Después de haber comido los manjares de la hospitalidad, nos retiramos á uno de los aposentos de la cabaña, donde dormimos sobre unas pieles de oso.

«El sol alumbraba los trabajos del hombre civilizado y los ocios del salvaje, cuando salimos de la gran ciudad. Unos caballos cubiertos de humo nos llevaron á la cabaña (5) del jefe de los jefes, en menos tiempo del que un sachem lleno de experiencia y oráculo de su nación, emplea en juzgar una disidencia suscitada entre dos madres de familia.

«A través de multitud de guardias fuimos llevados hasta el padre de los franceses. Lleno de sorpresa al advertir el aspecto de esclavitud que en mi derredor advertía, decía sin cesar á Ononthio: «¿Dónde, dónde está la nación de los guerreros libres? Hallamos al Sol sentado como un genio, sobre cierto mueble llamado el trono, que brillaba por todas partes; en la mano ostentaba un bastoncillo con el cual juzgaba á los pueblos. Ononthio nos presentó á este Gran Jefe, diciendo:

«¡Señor! los vasallos de vuestra magestad.... (6) Yo me volví hacia los jefes de las Cinco Naciones y les expliqué la palabra de Ononthio, á lo cual me respondieron: «Eso es falso» y se sentaron en tierra, cruzando las piernas. Entonces, dirigiéndome al primer sachem, le dije:

«Poderoso Sol, tú cuyos brazos se estienden hasta el medio de la tierra, Ononthio acaba de pronunciar una palabra que sin duda le ha inspirado un genio enemigo; pero tú á quien Athaensia (7) no ha privado de sentido, eres harto prudente para creer que somos tus esclavos.»

«A estas palabras pronunciadas ingenuamente por mí, se notó un vivo movimiento en la choza. Yo proseguí mi discurso:

«Jefe de los jefes, tú nos has mantenido encerrados en la choza de la esclavitud merced á la mas indigna traición. Si hubieras venido á cantar la canción de paz entre nuestros ancianos, nosotros

- (1) Paris.
(2) Las calles.
(3) Las tiendas.
(4) Versailles.
(5) El palacio de Versailles.
(6) Luis XIV.
(7) La venganza.

»hubiéramos respetado en tí los manitús vengadores de los tratados. No obstante, la grandeza de nuestra alma exige que te disculpemos, porque el Supremo Espíritu quita y da la razón según le place, y nada hay más miserable é insensato que el hombre abandonado á sí mismo. Enterremos, pues, el hacha cuyo mango está teñido de sangre; estrechemos los lazos de la amistad, y ¡ojalá nuestra unión dure tanto como la tierra y el sol! He dicho.»

«Al terminar mi discurso, quise presentar el calumet de paz al Sol, pero sin duda algún genio hirió á este jefe con sus rayos invisibles, porque la palidez estendió su blanca faja sobre su frente; y fuimos apresuradamente trasladados á otro aposento de la cabaña.»

«Allí fuimos rodeados de una curiosa muchedumbre: los jóvenes especialmente nos sonreían con complacencia, y muchos me apretaban en secreto la mano.»

»Tres héroes se acercaron á nosotros: el primero parecía abrumado de días, y no obstante, hubiérasele tomado por el inmortal anciano que fulmina los rayos: tanta era la magestad que le rodeaba! Apenas podía sostenerse el resplandor de sus miradas: el alma brillante, ingeniosa y guerrera de la Francia respiraba entera en aquel hombre.»

»El segundo ocultaba bajo unas pobladas cejas y un aire de indecisión una espresion extraordinaria de virtud y valor; echábase de ver que podía ser el rival del primer héroe y el freno de su fortuna.»

»El tercer guerrero, mucho más joven que los otros dos, llevaba impresa la moderación en sus labios y la sabiduría en su frente. Sus facciones eran delicadas, observadora su mirada, tranquila su palabra. El primero de aquellos guerreros terminaba sus días de gloria en una soberbia cabaña, entre los bosques y las aguas bullidoras, en compañía de nueve vírgenes celestiales llamadas Musas; el segundo no abandonaba la gran ciudad sino para habitar los campos; el tercero vivía retirado en una pequeña heredad, á corta distancia de un templo donde paseaba con frecuencia al rededor de los sepulcros.»

»Yo invité á aquellos tres hijos de las batallas á que fuesen á cantar en medio de la sangre, nuestra canción de guerra; el mayor de los hijos de Areskoui (1) se sonrió; el segundo se alejó y el tercero hizo un movimiento de horror (2).»

»Ononthio me hizo observar no lejos de allí unos guerreros que hablaban con calor. «He ahí, me dijo, tres hombres que la Francia puede oponer á la Europa coligada. ¡Qué fuego anima al más joven de los tres! ¡qué impetuosidad se advierte en su palabra! Esfuérzase en convencer al inflexible sachem que le escucha que debe obligarse á las galeras del mar interior á servir en las olas del Océano. Ese illustre hijo de un padre aun más famoso, hace sonreír al tercer guerrero, que no quiere decidir entre los otros dos, y se excusa diciendo que ignora las artes de Michabou (3), y que solo tiene de Areskoui el secreto de los inespugnables ceñidores con que rodea las ciudades (4).»

»En aquel momento un héroe joven se acercó al guerrero de severa mirada (5) y le presentó un collar (6) de suplicante. El altivo hijo de la montaña miró el collar y lo devolvió con dureza al héroe, con las palabras de la negativa. El joven se ruborizó y salió, dirigiendo á la cabaña una mirada que me hizo

- (1) Genio de la guerra.
- (2) Condé, Turenna y Catinat.
- (3) Genio de las aguas.
- (4) Seignelay, hijo de Colbert, Louvois y Vauban.
- (5) Louvois.
- (6) Un memorial, una carta.

estremecer, porque me pareció había invocado el genio de las venganzas (1).»

»De estos pensamientos me distrajo un gran ruido que se oyó en una puerta, por la cual entraron dos guerreros que reían asidos del brazo. Su redondeada persona anunciaba los felices hijos de la alegría; sus pasos vacilaban un tanto; su respiración estaba aun perfumada de los espíritus del más exquisito zumo de fuego (2). Sus trajes flotaban en abandono, cual si saliesen de un largo festín, y su semblante presentaba la impresión de los polvos tan gratos al consejo de los sachems (3). Cierta sello de valor, de popularidad, de espiritualismo, de indolencia y de pródiga liberalidad se veía grabado en todo su continente; parecía que nada miraban con enemigo corazón, que se burlaban de los hombres, que pensaban poco en los dioses y que se reían de la muerte. Hubiéraseles tomado por dos gemelos á quienes Areskoui (4) hubiera tenido de una mortal, después de la victoria, ó por los hijos ilegítimos de algún rey famoso, pues mezclaban á la nobleza de los altos destinos de su padre todas cuantas gracias y encantos encierran el amor y una humilde condición (5).»

»No bien aquellos dos festivos hijos de las vendimias habían colocado un mal seguro pié en la cabaña, otros guerreros corrieron á reunirse á ellos. Uno de estos había recibido al nacer un golpe fatal de mano de un genio, pero era el hijo de los faustos sucesos (6); el otro se parecía completamente á un genio salvador (7). Yo le había visto asir del brazo al joven que saliera de la gran cabaña, después de la negativa del altivo guerrero (8).»

»Así reunidos, aquellos cuatro guerreros recorrían la cabaña, alegrando los corrillos con sus chistosas ocurrencias, y no se desdeñaron de hablar con un salvaje. Los dos hermanos me preguntaron si los banquetes eran largos y opíparos en mis bosques, y si se dormía muchas horas sobre pieles de oso. Yo procuré hacer honor á mis bosques, y brillar en mi respuesta la jovialidad que en los labios de aquellos hombres rebosaba. Un espíritu me favoreció, porque se mostraron satisfechos, y se brindaron á manifestarme la suntuosidad de la choza del Sol.»

»Recorrimos inmensas galerías, cuyas bóvedas estaban habitadas por genios y cuyas paredes se veían cubiertas de oro, de agua helada (9) y maravillosas pinturas. Los guerreros blancos deseaban saber lo que yo pensaba de aquellas preciosidades.»

«Huéspedes míos, les respondí, yo os diré la verdad, tal cual me la inspiran los manitús, en toda la pureza de mi corazón. Me pareceis hartó dignos de lástima y miserables; nunca he echado tan de menos la cabaña de mi padre Outalissi, guerrero honrado por las naciones como un genio. ¿Este palacio de que tanto os envaneceis ha sido edificado por órden de los espíritus? ¿No ha costado sudores ni lágrimas? ¿Sus cimientos han sido colocados en la sabiduría, único terreno sólido? Necesítase una virtud eminente para atreverse á habitar la magnificencia de estos lugares, porque el vicio sería abominable bajo estas suntuosas bóvedas. En la pesantez del aire que respiro, en lo glacial de este aire, en cierto anuncio indefinible, pero siniestro y mortal que bajo el velo de las sonrisas descubro, parece-me que esta choza es la choza de la esclavitud,

- (1) El príncipe Eugenio.
- (2) Del vino.
- (3) Del tabaco.
- (4) Genio de la guerra.
- (5) Los dos Vendome, hijos de Enrique IV, por Gabriela.
- (6) Luxemburg.
- (7) Villars.
- (8) Louvois negó el mando de un regimiento al príncipe Eugenio, que despedido pasó al servicio del emperador.
- (9) Los espejos.

de los cuidados, de la ingratitud y la muerte. ¿No oís una voz de dolor que sale de estas paredes, como si fuesen el eco á donde vienen á repetirse los suspiros de los pueblos? ¡Ah! ¡cuánto retumbaría aquí el rumor del llanto público, si algún día empezase á hacerse oír! Este soberbio edificio, si viniese al suelo, por nadie sería reconstruido, mientras mi cabaña puede levantarse más hermosa en menos de un día. ¿Quién sabe si las columnas de mis encinas reverdecerán aun á la puerta de mi cabaña, cuando los pilares de mármol de este palacio, ya derribadas, yacerán cubiertas de polvo?»

«Así, ¡oh René! un ignorante salvaje de la Nueva-Francia conversaba con los hombres más ilustres de tu antigua patria, bajo el reinado del más poderoso rey, en medio de las grandezas de Versailles. Dejamos las galerías y bajamos á los jardines, en medio del estrépito de las armas.»

»En aquellos jardines, á pesar de las preocupaciones de mi estera, me sentí realmente poseído de asombro; la fachada entera del palacio, semejante á una inmensa ciudad; cien escalones de mármol blanco que conducían á espesos bosquecillos de naranjos; las cristalinas aguas que saltaban en medio de las estatuas y los cuadros de flores; las grutas, mansion de los espíritus celestiales; los bosques donde los héroes más célebres, las mujeres más hermosas y los espíritus más divinos vagaban meditando las triples maravillas de la guerra, del amor y del genio: en fin, todo aquel encantador espectáculo impresionó enérgicamente mi alma. Empecé á entrever una gran nación en el país donde no había visto sino esclavos, y me avergoncé por la primera vez de mi soberbia del desierto.»

»Nos adelantamos entre los bronceos, los mármoles, las aguas y las frondosas alamedas: cada ola, obligada á salir del seno de la tierra, traía un genio á la superficie de los estanques. Aquellos genios variaban según su poder: unos estaban armados de tridentes; otros hacían sonar retorcidas conchas; estos se ostentaban sobre caprichosos carros; aquellos vomitaban las aguas en espumosos remolinos. Habiéndose separado mis compañeros me senté al borde de un baño solitario. La meditación vino á revolver en mi derredor, sacudiendo sobre mis cabellos los sueños y las reminiscencias; y enviándome la más dulce de las tristezas del corazón: la de la ausente patria.»

»Abandonamos al fin la choza de los reyes, y la Noche, precediéndonos acompañada de suave frescura, nos volvió á la gran ciudad.»

»Cuando los beneficios del sueño repararon mis fuerzas, Ononthio me habló en estos términos: «Chacotas, hijo de Outalissi! te quejas de no haber visto aun á los guerreros libres, y me preguntas sin cesar donde están; pues bien: quiero hacértelos conocer. Un esclavo va á conducirte á las cabañas donde se reúnen diferentes especies de sachems: marcha é instrúyete, porque se aprende mucho en el estudio de las extrañas costumbres. Un hombre que no ha salido de su país no conoce la mitad de la vida. Por lo que respecta á los otros caudillos, tus compañeros, como no entienden la lengua de la tierra de las carnes blancas, preferirán sin duda permanecer sobre la estera, fumar su calumet y hablar de su país.»

»Dijo. Lleno de júbilo salí con mi guía, y semejante al águila que pide su alimento, me lancé lleno de la sed de sabiduría. Llegamos á una cabaña (1), donde estaban reunidos unos hombres respetables.»

»Entré con profunda veneración en el consejo, y mi satisfacción fue tanto mayor cuanto que nadie mostró fijar su atención en mí. Dí gracias á los ge-

- (1) El Louvre.

nios y me dije: «¡He aquí en fin la nación francesa! ¡Esto es igual á las asambleas de nuestros sachems!» Tomé una pipa consagrada á la paz, y me dispuse á contestar á lo que sin duda iba á serme preguntado relativamente á las costumbres, usos y leyes de las carnes rojas. Presté, pues, atento oído y prometí el sacrificio de un oso á Michabou (2), si me enviaba la prudencia para hacer honor á mi país.»

»Por la Gran Liebre (3), ¡oh hijo mio! te aseguro que me ví en la más completa confusión, al advertir que nada se me alcanzaba de cuanto los divinos sachems decían. Lo atribuí desde luego á algún manitú, enemigo de mi gloria y de mis bosques, y me disponía á retirarme lleno de vergüenza, cuando uno de los ancianos volviéndose á mí, dijo con gravedad: «Este hombre es rojo, pero no por naturaleza, porque tiene el cutis blanco como el europeo.» «Otro sostuvo que la naturaleza me había dado un cutis rojo; otro juzgó conveniente dirigirme algunas preguntas, pero otro se opuso á ello, diciendo que atendida la configuración exterior de mi cabeza, era imposible que yo comprendiese lo que me fuese preguntado.»

»Pensando en mi sencillez que los sachems se divertían, prorumpí en larga risa. «Ya lo veis ¡esclamó al punto el que había emitido la última opinión; bien os lo dije! Y aun me siento bastante inclinado á creer, si he de juzgar por sus grandes orejas, que este canadiense es la especie media entre el hombre y el mono.» «Aquí se suscitó una reñida controversia acerca de la forma de mis orejas.» «Pero reflexionemos, dijo al fin uno de los ancianos que tenía un aspecto más grave que los demás; no nos entreguemos á meras conjeturas.»

«Entonces el sachem se acercó á mí tomando las precauciones que estimó necesarias, y me dijo: «¡Amigo mio! ¿qué te ha llamado más la atención en este país?»

«Lleno de gozo al entender algo de aquellos discursos, respondí: «¡Sachem! bien se echa de ver á tu edad que los genios te han concedido una vasta sabiduría; las palabras que acabas de proferir prueban que no me he equivocado. Yo no he adquirido aun mucha esperiencia y podría ser uno de tus hijos, pues cuando me alejé de las orillas del Meschabé, los magnolias habían florecido diez y siete veces y há diez nieves que lloro la pérdida choza de mi madre. Sin embargo, aunque ignorante, te diré la verdad. Hasta el día no he visto tu nación, por lo cual no podría hablarte de los guerreros libres; pero he aquí lo que me ha parecido mejor entre vuestros esclavos: las chozas de comercio (4) donde se vende la carne de las víctimas, me parecen bien construidas y en alto grado útiles.»

«A esta respuesta, una interminable risa desconcertó la asamblea, y mi conductor me hizo salir pidiendo á los sachems excusasen la estupidez de un salvaje. Al atravesar la choza, oí argumentar acerca de mis uñas y mandar se mencionase en los collares (5) aquel consejo como uno de los mejores de la luna en que se estaba á la sazón.»

»Desde aquella asamblea nos trasladamos á la de los sachems llamados jueces. Yo estaba poseído de tristeza, pensando en mi aventura, y me avergonzaba de no tener más talento. Habiendo pasado á una isla (6), situada en medio de la gran ciudad, atravesé unas chozas oscuras y desiertas, y llegué al

- (2) Genio de las aguas.
- (3) Suprema divinidad de los cazadores.
- (4) Tocinerías y salchicheras. Los salvajes llevados á París en tiempo de Luis XIV, solo mostraron admiración por el aparato de estos establecimientos.
- (5) Registros, libros, contratos, cartas y en general toda clase de escritos.
- (6) La Cité.

lugar (1) donde residía el consejo. Unos venerables sachems vestidos de largas túnicas encarnadas y negras, escuchaban á un orador que hablaba con clara y chillona voz: «He aquí, me dije, los verdaderos sachems; ahora conozco que los otros no son sino unos necios hechiceros y bufones.»

«Coloquéme en la fila de los espectadores con mi guía, y dirigiéndome á él le dije: «Animoso hijo de la Francia, ese orador de voz de cigarra, ¿habla acaso en pro ó en contra de la guerra, azote cruel de los pueblos? ¿Cuál es, dime, la injusticia de que con tanta vehemencia se lamenta?»

«El extranjero mirándome con sonrisa, me respondió: «¡Mi querido salvaje! ¡ciertamente aquí se trata de la guerra! De la guerra, sí, á ese desvalido que ahí ves, y que sin duda será ahorcado por haber tenido la flaqueza de confesar en los tormentos un crimen de que no existe mas prueba que la confesión arrancada á sus acerbos dolores.»

«Pedí á mi guía me volviese á la choza de Onon-thio, puesto que en todas partes se burlaban de mi sencillez.

«Volvímos en efecto á casa de mi huésped, cuando al pasar por la cabaña de las oraciones (2), vimos la muchedumbre reunida á las puertas; mi guía me dijo que en aquella cabaña se celebraba una fiesta de la Muerte. Sentí un vivo deseo de entrar en aquel lugar santo, y penetramos en él por una abertura secreta. Todos callaban á la sazón para escuchar á un genio, cuyo soplo animaba unas trompetas de metal (3); pero aquel genio cesó en breve de murmurar. Las columnas del edificio, cubiertas de telas negras, hubieran esparcido á su pié una oscuridad impenetrable si esta no hubiese sido disipada por el vivo resplandor de mil antorchas. En medio del santuario, cuyos lados ocupaban los jefes de la oración (4), se alzaba imponente el simulacro de un ataúd. El altar y las estatuas de los hombres protectores de la patria ocultábanse igualmente bajo los fúnebres crespones. Lo mas poderoso y bello que se encerraba en la gran ciudad y en la cabaña del Sol, estaba colocado en reverente silencio en los bancos de la nave.

«Todas las miradas estaban fijas en un orador vestido de blanco en medio del luto general, y que, manteniéndose en pié en una galería colgada (5), cerrados los ojos y las manos cruzadas sobre el pecho, se disponía á empezar un discurso: aquel hombre parecía perdido en las profundidades del cielo. De repente sus ojos se abrieron, estendiéronse sus manos, y su voz, intérprete de la muerte, llenó las bóvedas del templo, como la voz del Gran Espíritu. (6) ¡Con cuánta alegría observé que entendía perfectamente al jefe de la oración! Me parecía que hablaba la lengua de mi país; ¡tan naturales eran á mi corazón los sentimientos que expresaba!

«Hubiera querido arrojarle á los piés de aquel sacrificador, para pedirle hablase algún día sobre mi tumba, para alegrar mi espíritu en la región de las almas; pero cuando pensé en mi escasa virtud, no me atreví á demandar tamaño favor: el murmullo del viento y del torrente es la única elocuencia que conviene al sepulcro de un salvaje.

«No salí de la cabaña de la oración sin haber invocado al Dios de la hija de Lopez. Al volver á la casa de Onon-thio, le participé los resultados de mis escursiones; le referí especialmente las palabras del orador de la muerte. Onon-thio me respondió:

«¡Chactas! conoce la naturaleza humana: ese gran

(1) El Palacio de Justicia.

(2) Una iglesia.

(3) El órgano.

(4) Los sacerdotes.

(5) El púlpito.

(6) Bossuet.

«hombre que tanto te ha complacido, no ha podido evitar el sentirse ofendido por una reputación ajena, pues por algunas palabras mal interpretadas, tiene divididas en la actualidad la corte y la ciudad y persigue á un amigo (1).

«Otras muchas contradicciones advertirás entre nosotros; pero no serías tan sabio como tu padre Outalissi, si nos juzgases por estas debilidades.»

«Así me hablaba Onon-thio, que había vivido muchas nieves (2). Lo que acababa de decirme me ocupaba en el silencio de mi noche. No bien la madre del día, la fresca Aurora se mostró en el horizonte, llevando en brazos al naciente sol, su hijo, en mantillas de púrpura, sacudimos de nuestros párpados los vapores del sueño. Por orden de Onon-thio, vestimos nuestros mas hermosos mantos de castor, cubrimos nuestros piés con un calzado maravillosamente bordado, y sombreamos con plumas los cabellos aliñados con esmero, pues debíamos acompañar á nuestro huésped á la fiesta que el Gran Jefe preparaba en los bosques inmediatos á las orillas del Sena.

«Hacia la hora en que la india ahuyenta con un ramo los insectos que zumban en derredor de la cuna de su hijo, emprendimos nuestra marcha, llegando en breve á la mansion de los manitús y de los genios (3). Onon-thio nos colocó en un alto tablado.

«El jefe de los jefes se dejó ver cubierto de piedras preciosas, ginele sobre un caballo mas blanco que un rayo de la luna y mas veloz que el viento. Pasó luego bajo de unos pórticos parecidos á los de nuestros bosques, y acompañábanle cien héroes, ataviados como los antiguos guerreros de la Francia.

«Una barrera abrió paso, los héroes se adelantaron y un carro inmenso y de oro macizo les seguía. Cuatro Siglos, cuatro Estaciones y las Horas del día y de la noche marchaban al lado de aquel sorprendente carro. Poco despues diéronse combates que nos llenaron de asombro.

«La noche encapotó el cielo; las carreras cesaron y mil antorchas iluminaron los misteriosos bosquecillos. Súbitamente una montaña brillante de claridad se elevó del fondo de una oscura caverna; sobre su cima aparecen en pié un genio y su compañera, los que al bajar cubren de los mas exquisitos productos de la tierra y de las aguas una mesa de cristal. Unas mujeres de belleza deslumbradora acudieron á tomar parte en el banquete y fueron servidas por Ninfas y Amores.

«Un anfiteatro salió del seno de la tierra, mostrando sobre sus escalones armoniosos coros que hacían resonar mil instrumentos. A una señal, desvaneciése la mágica escena, y cuatro ricas cabañas, cargadas de los dones del comercio y de las artes, reemplazaron los anteriores prodigios. Onon-thio me hizo observar los personajes que distribuían los dones de la munificencia régia.

«Ves, me dijo, esa mujer tan hermosa, pero de aspecto un tanto orgulloso (4), que preside á una de las cuatro cabañas, con el hijo de un rey? Una nube vela su frente; es un astro que se retira eclipsado por esa otra beldad de mirada mas apacible, pero mas llena de artificio, que ocupa la segunda cabaña con ese joven príncipe (5). Si el Gran Jefe hubiese aspirado á ser feliz entre las mujeres, no hubiese dado oído á una ni á otra de esas bellezas, y el alma mas tierna no se consumiría hoy en una soledad cristiana (6).»

«Mientras esto escuchaba, ví otras muchas mujeres que indiqué á Onon-thio, que replicó:

(1) Fenelon.

(2) Años.

(3) Fiestas de Luis XIV.

(4) Madama de Monterpan.

(5) Madama de Maintenon.

(6) Madama de la Valiere.

«Las Gracias mismas han arreglado los collares (1) que esa matrona envía á su hija querida; en cuanto á esas otras tres flores que á la par mecen sus tallos, una se solaza en la márgen de los arroyos (2); otra se goza en adornar el seno de las princesas infatunadas (3), y la tercera ofrece sus perfumes á la amistad (4). He allí dos palmeras ilustres por su estirpe, pero que no ostentan la gracia de las tres flores, y que solo están adornadas de collares políticos (5). ¡Chactas! cuando ese talento en las mujeres se halla reunido al genio en los hombres, constituye la superioridad de un pueblo. ¡Tres veces favorecidas del cielo las naciones donde la Musa hallana los difíciles senderos de la vida! ¡las naciones donde reina la urbanidad que basta para suavizar las costumbres, y no la que alcanza á corromperlas!»

«Durante este discurso hízose oír á nuestra espalda la voz de dos hombres; el mas jóven decia al mayor: «No me admiro de que te sorprenda esta institución de la cámara ardiente: nos hallamos en la época de las cosas extraordinarias en todo género. Si se pudiese hablar de la *Máscara de hierro*...» Al llegar aquí la voz del guerrero dejóse oír sorda como el rumor del agua que se despeña debajo de las raíces en el fondo de un valle lleno de musgo.

«Volví la cabeza y descubrí á un guerrero que juzgué era un extranjero, atendido su traje, pues llevaba un peinado de púrpura. Onon-thio que advirtió mi sorpresa, me dijo: «Hijo de la tierra de los cazadores, hoy habitas el país de los encantos; el guerrero que nos ha interrumpido con sus palabras es tambien aquí un prodigio: es un rey (6) que ha venido de la ciudad de mármol para poner á su pueblo á los piés del Sol de los franceses.»

«No bien Onon-thio se espresará en estos términos, el terror se apoderó de toda la concurrencia, y el jefe de los jefes se turbó al oír las palabras secretas que le dirigió un heraldo. Mientras á lo lejos resonaban agudos gritos, el silencio y la quietud moraban en todos los labios y en todos los rostros: un castor que ha oído pasos en la márgen de su lago, suspende los golpes con que batía la argamasa de sus diques, y aplica al inesperado rumor el alarmado oído. Pasados algunos momentos, los lamentos se desvanecieron y la calma volvió á reinar en la fiesta. Pregunté á Onon-thio la causa de aquel incidente, y dudó antes de responderme. He aquí sus palabras:»

«Ese ruido ha sido causado por la imprudencia de una partida de guerreros, que ha pasado cerca de aquí escoltando unos confinados.»

«Yo le repliqué: «Segun eso, ¿han perpetrado algun crimen? atendidos sus clamores, yo les hubiera tomado por unos desvalidos antes que por unos hombres odiosos al Gran Espíritu, á causa de sus injurias, pues hay en el dolor cierto acento que no puede engañar. Por otra parte, me ha parecido considerable el número de esos hombres; ¿hay acaso tantos corazones amigos del mal?»

«Onon-thio repuso: «Cuéntanse muchos millares de franceses condenados al destierro, porque quieren adorar á Dios en altares recientemente erigidos (7).»

«— Así pues, exclamé indignado, lo que acabo de oír es la voz de muchos millares de franceses desgraciados que resuena lastimera en medio de esta pompa francesa. ¡Oh nación incomprensible! ¡Mien-

(1) Cartas de madama de Sevigne.

(2) Madama de Deshoulieres.

(3) Madama de la Fayette.

(4) Madama de Lambert.

(5) Memorias de la señorita de Montpensier y de MADAMA, segunda esposa del hermano de Luis XIV.

(6) El dux de Génova.

(7) Los protestantes. Revocacion del edicto de Nantes; dragonadas.

«tras con una mano haceis libaciones al manitú de las alegrías, con la otra arrancais vuestros hermanos á sus hogares y les obligais á abandonar, sufriendo toda clase de miserias, sus genios domésticos!»

«— ¡Chactas! ¡Chactas! exclamó vivamente Onon-thio, no es permitido hablar aquí de este asunto.»

«Callé; pero el resto de los juegos me pareció envenenado; incapaz de fijar mis ideas acerca de las costumbres y las leyes de los europeos, eché de menos con intensa amargura mi cabaña y mis desiertos.

«Regresé con placer á la casa de Onon-thio. ¡Felices, me decia, mientras cedía al sueño, felices aquellos que tienen un arco, una piel de castor y un amigo!»

«Al día siguiente, hácia la primera vigilia de la noche, Onon-thio me hizo subir con él á su carruaje, y llegamos al pórtico de una larga cabaña (1), que se veía inundada por las oleadas de los pueblos. Por medio de unos estrechos pasadizos alumbrados por luces encerradas dentro de cristales, penetramos hasta una pequeña barraca (2) cubierta de púrpura, cuya puerta nos abrió un esclavo.

«Al punto descubrí una sala, á cuyo derredor estaban suspensas cuatro filas de cabañas parecidas á la en que yo entraba; muchas mujeres dotadas de peregrina hermosura, muchos héroes de larga cabellera y adornados con vestidos de oro, brillaban en las cabañas á la claridad de las arañas. A nuestros piés, y en el fondo de un abismo, otros guerreros en pié y estrechándose entre sí se agitaban como las olas del mar. Un rumor confuso salía de la muchedumbre; de rato en rato se hacían oír unas voces y unos gritos mas perceptibles, mientras algunos hijos de la armonía colocados al borde de una ancha cortina, tocaban aires melancólicos que nadie escuchaba.

«En tanto que absorto contemplaba cosas tan nuevas para mí; en tanto que Onon-thio y sus amigos estudiaban en mis ojos las sensaciones de un salvaje, partió de un lugar invisible un silbido semejante al de las cotorras en nuestros bosques, y la cortina se replegó en los aires como el velo de la Noche al ser tocado por la mano del Día.

«Entonces se descubrió á mis ojos una cabaña sostenida por altas columnas. La música cesó y profundo silencio reinó en la concurrencia. Dos guerreros, jóven uno, anciano el otro, se adelantaron hácia los pórticos. ¡René! yo no soy sino un salvaje, y mis órganos groseros no pueden apreciar toda la melodia de la lengua del pueblo mas culto del universo; pero á pesar de mi natural rudeza no podria pintarte mi emocion cuando ambos héroes abrieron sus labios en medio de la muda choza. Parecióme oír la música del cielo; creíase escuchar unos acordes divinos, y no obstante, aquello no era un verdadero canto; era un medio entre el canto y la palabra. Yo habia oído la voz de las vírgenes de la soledad durante la calma de las noches; mas de una vez habia prestado oído á las brisas de la luna, cuando despiertan en los bosques á los genios de la armonía; pero estos sonidos me parecieron faltos de encanto comparados con los que á la sazón me embelesaban.

«Mi sorpresa aumentó á medida que la escena fue desenvolviéndose. ¡Oh Atala! ¡qué cuadro de la pasión manantial de todos nuestros infortunios! Vencido por mis recuerdos, por la verdad de las pinturas (3) y por la poesía de los acentos, las lágrimas inundaron mis ojos, y mi turbación fue tan completa que alteró toda la cabaña.

«Cuando la cortina, que habia caído otra vez, hizo desaparecer aquellas maravillas, la habitante mas

(1) Un teatro.

(2) Un palco.

(3) Fedra.

jóven (1) de una barraca inmediata á la nuestra, me dijo: «Mi querido Huron, siento mucho afecto por tí y quiero que esta noche cenés conmigo en compañía del que apellidas tu padre.» Ononchio me llamó aparte y me contó que aquella agraciada mujer era una célebre ikouessen (2), en cuya casa se reunía la verdadera nación francesa. Complacido al oír tal proposición, respondí á la ikouessen: «¡Amante del placer! tus palabras son harto halagüeñas para recibir una negativa. Escusarás únicamente mi sencillez, porque soy hijo de los grandes bosques.»

«En aquel momento la tela volvió á levantarse. El segundo espectáculo me sorprendió mas tal vez que el primero, pero lo comprendí menos. Las pasiones que llamais trágicas, son comunes á todos los pueblos y pueden ser entendidas por un natche y por un francés; el llanto es el mismo en todas partes, al paso que la risa se diferencia según los tiempos y los países.»

«Terminados los juegos, la ikouessen se envolvió en un velo, y obligándome con toda la jovialidad de los Amores, á darle la mano, bajamos los escalones de la barraca, en los que se agolpaba multitud de espectadores; Ononchio nos seguía. El indio no sabe ruborizarse, por lo cual no experimentó embarazo alguno, y advertí que todos aplaudían en silencio la sencilla gravedad de mi continente.»

«Subimos á un trineo, en medio de las armas protectoras, de resplandecientes antorchas y de la gritería de los esclavos que hacían resonar las bóvedas con los pomposos nombres de sus dueños. Semejantes al carro de la Noche, ruedan la móviles cabañas: el hijo del comercio, retirado á la paz de sus hogares, oye estremecerse las vidrieras de su cabaña y siente temblar el tálamo conyugal. Llegamos á la casa de la divinidad de los placeres. Bajando del rápido trineo en que estaban suspendidos, unos esclavos nos abrieron sus puertas, y bajamos á un vestíbulo de mármol adornado de naranjos y flores. Entramos luego en las voluptuosas cabañas con artesones de ébano, grabados con paisajes de oro. Brillaban por donde quiera los tesoros robados (3) á las hijas de las rocas y de añosas encinas. La verdadera nación francesa (porque la había reconocido á la primera ojeada) estaba ya establecida en casa de la ikouessen. Un aire de igualdad y una franqueza parecida á la de los salvajes, reinaban entre los guerreros.»

«Dirigí mi oración al Amor hospitalario, manité de aquella cabaña; y confundíendome con la multitud, me hallé por la primera vez tan á mi placer como si me hubiese hallado en el consejo de los natchez.»

«Los guerreros estaban reunidos en diferentes grupos, á manera de los haces de maíz plantados en el campo de los pueblos. Cada cual enseñaba al que tenía á su lado y era enseñado por él; alternativamente las conversaciones eran graves como las de los ancianos y fugitivas como las de las doncellas. Aquellos hombres capaces de altos hechos, no desdeñaban los agradables coloquios; derramaban esteriormente la superabundancia de sus ideas, y formaban de discursos ligeros una plática amable y variada; así en un taller europeo, algunos obreros de robustos brazos hilan el flexible metal que reúne las diferentes partes de la hermosura: este aguza la punta, aquel bruñe su longitud, y estro agrega el anillo que fija la nube trasparente en el seno de la vírgen ó la cieta en su cabeza.»

«Abandonado á mi mismo, vagaba de corrillo en corrillo, complaciéndome en lo que oía, porque entendía todas las palabras, y porque á nadie llamaba la atención mi aspecto extranjero.»

«Mientras así paseaba entre la muchedumbre, ví en un ángulo de la sala á un hombre que con nadie ha-

(1) Ninon.
(2) Cortesana.
(3) La cera.

blaba y que parecía hallarse profundamente ocupado. Dirigime á él y le dije: «¡Cazador! te deseo un cielo azul, muchos corzos y una capa de castor. ¿De qué desierto eres, porque advierto que procedes como yo de algun bosque?»

«El héroe, que al parecer despertó, me miró y respondió: «¡Sí! procedo de un bosque.»

«No dormiré á la sombra de dorados artesones; pero ¿pierde el sueño por esto su valor? ¿Es menos profundo y son menores sus delicias? Yo le ofrezco en el desierto nuevos sacrificios.»

«—Lo habia adivinado, repuse: tu exterior es sencillo, pero tu fondo escelente. ¿Hay algo que brille menos que el castor, elruiseñor y la abeja?»

«Al terminar estas palabras, un guerrero de escrutadora mirada se acercó á nosotros aplicando un dedo á sus labios. «Apuesto, dijo, que nuestros dos salvajes están entusiasmados el uno por el otro.»

«Esto diciendo, pasó su brazo debajo del mio, y me llevó á otra parte de la cabaña. ¿Dejamos solo á este hijo de los bosques? le dije. «¡Oh! replicó mi guía, se basta á sí mismo; además, no habla el lenguaje de los hombres, pues tan solo oye el de los dioses, los leones, las golondrinas y las palomas (4).»

«Mientras atravesábamos la multitud, uno de los mas gallardos franceses que mis ojos han visto, apoyándose en los brazos de dos amigos, se acercó á nosotros. Mi amigo le dijo: «¿Qué obra maestra nos has dado! ya has visto el entusiasmo que he inspirado á este salvaje.» «Confieso, replicó el guerrero, que este es uno de los triunfos que mas me han halagado en mi vida.» «Y no obstante, replicó uno de sus dos amigos con tono severo, mejor hubieras hecho en no ceder tanto al gusto del siglo, suprimiendo tu Aricia, aunque se perdiese la escena que ha entusiasmado á este iroqués.»

«El segundo amigo del guerrero intentó defenderle. «He aquí nuestras debilidades, repuso el primero; he aquí como has descendido desde el Misántropo al saco en que envuelves á tu Scapin!» «Al oír esto, yo iba á exclamar: «¿Son estos los hombres amados del cielo, cuyos cantos he oído?» «Pero los tres amigos (5) se alejaron, y volví á encontrarme solo con mi guía.»

«Este me condujo á la otra estremidad de la cabaña, y me hizo sentar á su lado en una estera de seda, desde donde, recorriendo con la vista la muchedumbre, ora en movimiento, ora inmóvil, me dijo: «¡Chactas! quiero hacerte conocer los caracteres de los personajes que aquí ves, pues te darán una idea cabal de este siglo y de mi patria.»

«Fija primero tu atención en esos guerreros que están muellemente tendidos sobre ese medio-lecho de pluma; son hijos de los Juegos y de las Risas, y tienen la inmortalidad de su cuna, porque aunque te parezcan viejos, son siempre jóvenes, como las Gracias, sus madres. Retirados del bullicio en un arrabal tranquilo, pasan sus dias en opíparos banquetes. Orladas de yedra las sienas y coronada de flores la frente, mezclan á los vinos aromáticos el agua de un manantial que los hombres llaman Hipocrene y los dioses Castalia. No obstante, te engañarias, Chactas, si juzgases que esos hombres son afeminados y faltos de valor. Ningun guerrero tiene acaso menos apego á la vida que ellos, pues la romperían con la misma indiferencia que los frágiles vasos que algunas veces se rompen por pasatiempo en los festines.»

«Maravillado por la delicada pintura de mi reflexivo guía, yo miraba con gran interés á aquellos hom-

(4) La Fontaine.
(5) Racine, Moliere y Boileau.

bres (1), que presentaban un tipo desconocido entre los salvajes; pero mi huésped me distrajo de estas ideas, para hacerme observar una especie de ermitaño que hablaba con la ikouessen. «Ha sido sacerdote, me dijo, y está próximo á ser rey; y antes de fastidiarse de su segundo estado, vive aquí como un simple juglar (2). Ese otro guerrero tan viejo, cuyos pies se apoyan en un almohadon de terciopelo, es un extranjero recién llegado. Su padre condujo á un monarca al cadalso, y ciñó su frente con la corona que habia derribado (3). Ricardo, mas sabio que Oliverio, ha preferido el reposo á la agitacion de una vida brillante; y colocado otra vez en el estado oscuro de sus abuelos, solo aprecia la gloria de su padre en cuanto contribuye á sus placeres.»

«¡Por Michabou! (4) exclamé, ¡hé ahí una mezcla singular! solo faltaba aquí un salvaje como yo.» Mi exclamacion hizo reír al observador de los hombres, que me respondió: «Estás muy lejos, mi querido Chactas, de haber visto todo; sea cual fuere tu deseo de saber, puedes satisfacerlo fácilmente. Esos cuatro hombres apoyados en esa mesa de alabastro, son los cuatro artistas que han creado las maravillas de Versailles: uno ha fabricado las columnas, otro ha diseñado los jardines, otro ha esculpido las estatuas y otro ha pintado los cuadros (5).»

«Mira sentados á sus pies en tapices del Oriente, esos hombres de rostro bronceado y vestidos de seda; han venido de las puertas de la Aurora, como tú de las del Poniente: ellos, para ser embajadores en nuestra corte (6), tú para servir en nuestras galeras; pero ellos y tú para pagar igualmente un tributo á nuestro genio, y para hacer de este siglo un siglo eternamente portentoso.»

«Por lo demás, esos salvajes de la India son hoy mas felices que los de la Luisiana, porque á lo menos hallan aquí personas con quienes pueden hablar la lengua de su patria. Esos guerreros blancos que con ellos platican, son unos viajeros que han recogido los simples de las montañas ó los restos de la antigüedad (7).»

«Esos otros hombres que ves en el hueco de aquel balcon son unos sabios á quienes la munificencia de nuestro monarca ha ido á buscar hasta una tierra enemiga para colmarles de beneficios. Las cartas que tienen en la mano y leen con tanto interés, son la correspondencia de muchos saches que, aunque nacidos en diferentes países, forman en Europa una ilustre república, cuyo centro es París. Por medio de esas cartas, se comunican mutuamente sus respectivos descubrimientos; uno de ellos acaba de hallar el verdadero sistema de la naturaleza, y otro le responde participándole sus cálculos sobre lo infinito (8).»

«No lejos de esos extranjeros puedes observar á un hombre que discute con vehemencia: es un famoso sache, de los que llamamos filósofos. Albion es su patria; pero há algun tiempo que se trasladó á las costas bátavas, de donde ha venido á tributar homenaje á la Francia (9).»

«Ahora bien: ¿qué juzgas en vista de esto de nuestra nación? ¿Hallas aquí hombres y cosas estraordinarias? Prelados tan diferentes en talento como en principios, literatos notables por el contraste de su genio, elevadas inteligencias en el arte de la guer-

(1) La sociedad de los Marais, Chauvieu, la Fare, etc.
(2) Casimiro, rey de Polonia.
(3) Oliverio Cromwell.
(4) Genio de las aguas.
(5) Mausard, le Nostre, Courton y le Brun.
(6) Embajadores de Siam.
(7) Tomnefort, Boucher, Cerbillon, Chardin, etc.
(8) Newton y Leibnitz.
(9) Locke.

ra, mujeres desenvueltas que intrigan con frailes al pié del trono, cortesanos que se disputan sus mutuos despojos, generales de opuestos pareceres, magistrados que no se entienden, reglamentos admirables, pero á cada paso infringidos, la ley, proclamada soberana, pero siempre hostilada por la dictadura real; un ombre enviado á galeras por cierto tiempo, pero que permanece en ellas toda su vida; la propiedad declarada inviolable, pero confiscada á capricho del mandarín; todos los ciudadanos libres para ir á donde les acomode y para espresar sus ideas, bajo la condicion de ser presos si así place al rey, y de ser enviados á la horca, en testimonio de la libertad de las opiniones; finalmente, edificios erigidos, manufacturas formadas, colonias fundadas, la marina creada, la Europa medio subyugada, una parte de la nación espulsando otra parte de la nación: tal es el siglo, cuyo compendio ves en esta sala; siglo que á pesar de sus errores, se conservará como un modelo de gloria; siglo, cuya grandeza solo será debidamente apreciada cuando se pretenda sobrepujarla.»

«Esto dicho, mi guía me dejó para ir á otra parte á observar los hombres; y en verdad él me pareció uno de los no menores prodigios del siglo que acababa de pintar (10).»

«Unos esclavos anunciaron el banquete á los convidados; algunas mesas cubiertas de flores, frutos y aves, nos ofrecieron sus elegantes riquezas. El vino era exquisito, verdadera la alegría, y los dichos tan delicados como los de los Hurones. La veleidosa ikouessen, que me habia dado un asiento á su derecha, se burlaba de mí y me decía: «Háblame de tus bosques, pues deseo saber si en Huronia hay, como entre nosotros, principales señoras que se obstinan en encerrar en un convento algunas pobres jóvenes, porque aspiran á gozar de su libertad. ¡Oh, cuán hermoso país es el tuyo, puesto que allí se dice lo que se piensa al Gran Jefe, y cada cual hace lo que se le antoja! Aquí sucede precisamente todo lo contrario: todos se ven obligados á mentir al Sol y á someterse á la voluntad de su vecino; por esto marcha todo entre nosotros á las mil maravillas.»

«Aquella mujer añadió otras muchas ocurrencias, en las que, bajo la apariencia de la frivolidad descubrí pensamientos muy profundos. Todos se divertieron festivamente con la respuesta dada por mí á los hechiceros de la gran barraca; respuesta que la ikouessen decia era admirable. «Pero quiero saber, añadió, lo que te ha parecido mas razonable entre nosotros. Como no te he hablado de tu cutis ni de tus orejas, espero me darás una contestacion diferente de la que te perdí en el concepto de nuestros eminentes filósofos.»

«Musgo blanco de las encinas, que sirves para la cama de los héroes, respondí, los galeotes y las mujeres como tú me parecen los depositarios de toda la sabiduría de tu nación.»

«Estas palabras hicieron reír estrepitosamente á todos los convidados, y la copa de la libertad fue apurada en honor de Chactas.»

«Entonces los genios de los amores dirigieron la conversacion á un asunto harto amable. El recuerdo de la hija de Lopez agitó mi pecho haciéndole palpitar con vehemencia. Un convidado hizo notar que si las pasiones concitan tempestades, los años acuden pronto á calmarlas, y que en breve tiempo se recobra aquella tranquilidad en que se vivia antes de perder la paz de la niñez. Como los guerreros aplaudiesen esta observacion, les respondí:

«Yo no puedo hallar la calma que se goza despues de la tempestad, semejante á la que ha precedido á la tormenta: el viajero que no ha salido de su patria

(10) La Bruyere.